

Hollis Seamon

ALGUIEN ALLÁ ARRIBA TE ODIS



Esta no es otra historia de
«un joven que muere de cáncer.»
Es la historia de un par de jóvenes que
quieren seguir viviendo al máximo.

Alguien allá arriba te odia

HOLLIS SEAMON

Título original: *Somebody Up There Hates You: A Novel*
Traducción: Alejandra Ramos Aragón

© 2013, Hollis Seamon

© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2014
ISBN: 978-84-08-13106-9
Depósito legal: B. 10.850-2014
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Impreso por: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

No les miento. ¡Oigan, soy totalmente de fiar, se lo juro por Dios! Yo, Richard Casey, también conocido como el Increíble Chico Agonizante, en realidad vivo, de forma temporal, en el mismo pabellón para enfermos terminales del que les hablaré más adelante. Tercer piso del hospital Hilltop, en la ciudad de Hudson, en el gran estado de Nueva York.

Tan sólo déjenme contarles algo acerca de este pabellón en particular. Imagínense lo siguiente: justo frente al ascensor que escupe gente hacia nuestro pequeño hogar para enfermos hay una arpista. Bueno, en realidad yo la llamo «arpía». ¡Es cierto! Todos los días, en el mismo pasillo, una ancianita canosa de faldas largas y extrañas se sienta junto a su enorme arpa graznadora y la rasguea con toda el alma —o ataca las cuerdas, como quiera que se diga—, y entonces el arpa produce esas dulces y cursis notas que se te atascan en la garganta.

Qué tontería, ¿no? O sea, ¿no es todo esto un poco... digamos... prematuro? Porque, vamos a ver, todavía no

estamos muertos. Pero bueno, a veces, de alguna extraña manera, todo este asunto del arpa resulta bastante entretenido. Yo, por ejemplo, me puedo sentar en mi silla de ruedas cada vez que me dé la gana y observar a la gente que baja del ascensor para visitar a sus parientes agonizantes. Llegan directamente a nuestro pequeño pasillo y la música los recibe de golpe. Trastabillan, se tambalean y se ponen pálidos. Seguramente piensen, aunque sea sólo por un segundo, que se han saltado los engorrosos trámites de la muerte y el funeral, y acaban de llegar directos al cielo. La mayoría retrocede por lo menos tres pasos, y algunos aprietan el botón del ascensor, o incluso tratan de abrir las puertas con las manos para escapar como si tuvieran garras. Es fácil adivinar lo que piensan, porque ellos no son los que se están muriendo, ¿verdad? Pero entonces ¿por qué están aquí? ¿Por qué motivo terminaron en Arpilandia? Se llevan tales sustos que me muero de la risa. Las enfermeras me dicen que la música de arpa es relajante y espiritual, y que ayuda a los pacientes. Muy bien, les digo yo, de acuerdo, eso tal vez sea aplicable al noventa y cinco por ciento de los pacientes que son mayores, los que tienen sesenta años o incluso más. Sí, bien. Pero ¿y yo? ¿Y Sylvie? Porque tengo que explicarles a las enfermeras y a los enfermeros que Sylvie y yo somos chicos. Somos adolescentes, y también nos estamos muriendo. Así pues, ¿qué pasa con nuestros derechos?

De acuerdo, admito que he sido un poco duro porque las enfermeras son pero que muy majas, y se les salta la lagrimita cuando les digo esas cosas. Y es que nadie, absolutamente nadie, quiere pensar en que un niño pueda morir. Pero nosotros estamos agonizando, y por eso les

digo: «Haced el favor de superarlo, ¿no?». Todo el mundo va a morirse, tanto los chicos como las chicas. Así es la vida.

Pero vaya, en realidad no era de eso de lo que quería hablar. Morirte puede ser bastante aburrido si te limitas a hacerlo, y ya está. Lo que es verdaderamente interesante es la vida, mucho más de lo que me habría imaginado cuando me arrojaron aquí mientras le daba patadas y llenaba de insultos a todo el mundo.

Bueno, el caso es que aquí se hacen auténticas locuras, como la que protagonizamos Sylvie y yo la noche anterior a Halloween justo frente al ascensor. Fue épico.

Muy bien, será mejor que lo cuente. Mi abuela —quien no es tan vieja como podrían imaginar, ya que las mujeres de mi familia tienen, generalmente por error, a sus bebés cuando todavía son muy jóvenes— me dijo una vez que, cuando era niña, la noche anterior a Halloween montaban un sarao en Nueva Jersey y lo llamaban la Noche de la Col. Durante esa noche especial, los padres sacaban a sus hijos a las calles para que se divirtieran como locos. Mi abuela decía que en su casa sólo tenían una regla para la Noche de la Col: había que regresar a la medianoche. Lo increíble del caso era que te dejaban estar despierto hasta medianoche... ¡incluso si caía en día de diario! Pero, además, se pueden hacer un montón de cosas divertidas y malas desde el atardecer —es decir, a eso de la seis— hasta la medianoche, ¿no es cierto? Ésta es la lista de actividades que la alocada abuela me contó que solían llevar a cabo:

—Meternos corriendo en los jardines de los vecinos y saltar las vallas. Gritar como haditas salvajes. Lanzarle huevos a todo aquel que se nos cruzara en el camino. Me-

ter popó de perro en bolsas de papel, prenderles fuego a las bolsas, lanzarlas a la entrada de alguna casa, y luego ver al dueño de ésta —sobre todo si era el padre de algún compañero— dándole pisotones a la bolsa para apagar el fuego y pringarse de mierda hasta las rodillas. Golpear a otros niños con sacos de harina hasta que todos parecieran fantasmas. Robar cualquier cosa que nos gustara y que no estuviera clavada al suelo. Volcar las lápidas del cementerio. Amarrar a los niños frikis a las lápidas y dejarlos ahí como hasta las 23.58. Romper botellas de cerveza vacías en las aceras —después de habernos bebido la cerveza que algún tío majete nos había comprado— y amenazar a los otros chicos con cortarles el cuello. Dejar clavos tirados en las calles con la esperanza de pinchar algunas ruedas...

Y bueno, todo lo que se les ocurriera a los niños. Es decir, para mí es simplemente increíble que los padres permitieran que todo eso sucediera año tras año... Mi abuela dice que cuando era niña siempre regresaba a casa llena de moretones, cubierta de yemas de huevo, harina y cerveza, medio borracha y, por supuesto, agotadísima. Pero lo mejor de todo es que... no le molestaba a nadie. De hecho, sus padres ni siquiera la esperaban despiertos. Según ella, sus padres pensaban que permitir que los chicos sacasen toda esa mierda de sus sistemas una vez al año era mejor que ir dosificando la maldad día tras día. Por eso los padres decían: «Largaos y haced lo que tengáis que hacer, siempre y cuando no matéis a nadie, ¿entendido?».

Les juro que todo lo anterior es relevante para lo que les voy a contar sobre la breve presentación que Sylvie y yo hicimos la Noche de la Col porque, como creo que ya he

mencionado, seamos rehenes de un hospital para enfermos terminales o no, seguimos siendo unos niños.

Por suerte, ése fue uno de los días en que Sylvie se sintió con suficientes fuerzas como para levantarse. O fingió que las tenía porque yo llevaba molestándola tres días con ese asunto y diciéndole lo divertido que sería. Pero bueno, el caso es que esperamos hasta las cinco y media de la tarde del 30 de octubre. La señora del arpa termina de tocar a las cinco, a menos que alguien solicite sus servicios, y a las cinco y media llegan los cariacontecidos allegados de los enfermos para visitarlos. Además, a esa hora las enfermeras están súper ocupadas con las bandejas de la cena y montones de cosas más. Esto fue lo que hicimos:

Sin salir de nuestras respectivas habitaciones nos pusimos los tétricos atuendos que ya habíamos planeado. Llegamos silenciosamente en sillas de ruedas hasta el pasillo y nos apropiamos del lugar del arpa. Permanecemos sentados en las sillas con el espantoso maquillaje de la muerte que nos hicimos: piel de color verde pálido, enormes círculos negros alrededor de los ojos y rayitas de sangre que nos colgaban de la boca. (Uno de los hermanitos de Sylvie le trajo su estuche para maquillarse de vampiro y tuvo la amabilidad de no contárselo a nadie. Muy buen chico.) También teníamos mis camisetas de coleccionista de Black Sabbath, y Sylvie —cuyo derroche de energías me sorprendió, pero supongo que se debió a que de verdad le echó ganas— fabricó un enorme tridente rojo de diablo con un palo de gotero. De hecho, lo pintó todo con barniz para uñas. Ella se entregó en cuerpo y alma al proyecto. Yo puse uno de los discos de *rave* de mi tío —con toda su estridente distorsión— en el reproductor de CD que me

coloqué sobre el regazo, y luego, cada vez que algún pobre tonto salía del ascensor le subíamos el volumen hasta el máximo, y yo levantaba mi letrero que, con letras trazadas entre llamitas falsas, decía: «**TODOS BAJAN. ¡¡¡SÍ, NOS REFERIMOS A TI!!!**». Cada vez que alguien emitía un grito ahogado y daba un paso hacia atrás, Sylvie y yo nos reíamos a carcajadas y berreábamos como demonios poseídos.

Estoy de acuerdo en que era una broma infantil... pero divertidísima. Sin embargo, Sylvie —esa chica es mucho más bruta de lo que ustedes imaginarían, dado que sólo mide metro y medio y está calva— tal vez llevó las cosas un poco demasiado lejos. Verán, ella había planeado algo que no me contó, y que era totalmente adecuado para la tradición de la Noche de la Col. Pero se le ocurrió a ella y no lo compartió conmigo. Y lo mejor de todo es que ni pestañeó con la bromita.

Esto fue exactamente lo que hizo. Estiró la mano hasta su espalda y sacó un encendedor y tres cajas de pañuelos desechables. Lo hizo rapidísimo. Luego les prendió fuego a las cajas con el encendedor —una, dos y tres— y las arrojó al suelo. ¡Lo juro! Y entonces aparecieron llamas de verdad por todos lados. Fue sólo como por un milisegundo, pero el infierno se desató de verdad. Enfermeras, médicos, cuidadores, voluntarios, consejeros, personal de servicio y puede que hasta sacerdotes y rabinos —siempre hay unos seis tipos de negro deambulando por nuestro pequeño pasillo— llegaron corriendo y gritando, y como nueve mil zapatos pisotearon los pequeños tres incendios.

Sylvie y yo nos tronchábamos de risa. Nos reímos tanto que casi nos caímos de las sillas. No podíamos parar, ni siquiera cuando todo mundo comenzó a gritarnos y a de-

cirnos que regresáramos a nuestras habitaciones y no volviéramos a salir. Y es que eso fue todavía más gracioso, que nos castigaran como si fuéramos bebés. Vaya castigo. O sea, ¿qué nos iban a hacer? ¿Matarnos? ¿Condenarnos a muerte?

Pero en serio, para mí lo mejor de todo fue cuando una de las visitas, el hijo de la señora Elkin —a quien conozco de haber jugado al *rummy* en la sala de espera para familiares— me sujetó del brazo y me gritó en la cara:

—¿Qué te pasa, Richie? ¿A qué viene esa falta de respeto? ¿Qué demonios te pasa? En serio!

Y entonces pude decir una de mis frases favoritas, la que usaba cientos de veces al día, cuando algún sacerdote, terapeuta, rabino, enfermera, interno, intendente, visitante o quien fuera me preguntaba qué diablos me pasaba. Y es que parece que no entienden nada. Claro, soy demasiado pequeñito para estar aquí, ¿no? ¿Qué pasa? Las conversaciones son más o menos así.

Ellos me preguntan:

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué te pasa, hijo?

Y entonces pongo cara seria y mirada inocente:

—Padezco el síndrome de AAATO.

Entonces la gente se queda en blanco y, por lo general, se limita a decir:

—¿Ah, sí?

Y entonces puedo repetirlo.

—El síndrome de AAATO. Son unas siglas. —Algunos ni siquiera saben lo que significa eso, pero siempre hago una pausa y luego se lo explico—: Padezco el síndrome de Alguien Allá Arriba Te Odia.

¿Saben? Pienso que es un diagnóstico bastante acerta-

do, ¿no creen? Para mí, para Sylvie y para cualquiera de nuestra edad que termina aquí o en lugares similares, después de lo que en nuestras esquelas no tardarán en describir como «una valiente lucha contra la/el... [rellene el espacio en blanco]».

Porque ¿de qué otra manera explicarían lo que nos pasa? El síndrome de AAATO es la única maldita respuesta lógica.

Bien, sea como fuere, no volví a ver a Sylvie salir de su habitación en un par de días. Creo que la experiencia, los preparativos y la emoción supusieron mucho desgaste para ella. Es decir, no voy a fingir que conozco muy bien a esta chica porque sólo supe de ella al ingresar en este pabellón. Yo llegué primero. Uno o dos días después llegó ella. Nos conocimos en el pasillo, y les juro por Dios que los dos preguntamos exactamente al mismo tiempo lo que siempre nos preguntamos los chicos que estamos hospitalizados:

—¿Y tú por qué estás aquí?

Y ella me respondió, porque, como ya he dicho, es más bruta que un arado y, en serio, nunca se va por las ramas:

—Estoy aquí porque estos imbéciles se creen que me estoy muriendo, pero no es así.

Entonces yo le dije con dificultad, porque a veces se me traba la lengua o algo así cuando me hallo frente a algunas chicas, y en especial si son majas y sofisticadas como Sylvie:

—Ajá, sí. Yo también.

Pero en realidad no sabía a qué me refería con ese «yo también»: si yo también me estaba muriendo o no. Porque

a veces las cosas no están tan claras como se podría pensar; es decir, a pesar de que te llamen paciente terminal. O sea, ¿quién puede asegurarlo en realidad?

Bueno, el caso es que, en la Noche de la Col, Sylvie pudo meterse en problemas como lo haría cualquier chica que no padeciese el síndrome de AATO. Cuando su familia llegó al lugar, su padre se pasó cosa de una hora echándole una bronca. Lo escuché todo. Luego se cebó con el hermanito que nos había traído el maquillaje, y éste salió corriendo de la habitación de Sylvie como si de un conejito asustado se tratase. Vaya mal carácter que tiene ese hombre. La madre de Sylvie también estuvo gritando, y luego se sentó en el pasillo a llorar.

Pero déjenme aclarar algo ahora mismo: valió muchísimo la pena. Al menos por un segundo, esas llamas fueron reales: ardientes y fulgurantes; o sea, totalmente reales. Unos cuantos minutos después todavía se podía oler el humo en lugar del rancio aire del hospital. Era humo de verdad y, vaya, además Sylvie se maquilló, y eso le añadió diversión al asunto. Sé que le gustó maquillarse porque, ya saben, aunque ahora tiene aspecto de ir disfrazada de Halloween todo el tiempo debido a la enfermedad, es una chica al fin y al cabo. Yo puedo verla todavía. Me refiero a la verdadera chica que hay detrás de la máscara de la muerte.